La Peste

NÚM 27 • MEMORIA •



Offset Rebosán

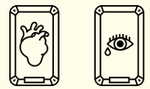


Imprimimos
grandes ideas.

rebosan.com.mx
Av. Acueducto Nº 115, Col. Huipulco
Del. Tlalpan, México D.F., CP 14370,
Tel. 62 · 363 · 806 al 12

c	m	y	k
5	35	25	0

EDITORIAL



Nuestra doble vida, la que vive dos veces, o lo que dejamos ir. Ese flujo de imágenes, sonidos, olores y texturas, lo que nos mantiene apegados a la existencia. Las ciudades visitadas: de nuevo nos pegan sus vientos, su gente, en nuestras mentes. Las amistades entrañables y los tiempos de minutos eternos en sobremesas en el otoño, cuando se mete el Sol. Los niños crecen, los muebles se resquebrajan, los celos nos alejan, y así los recuerdos mendigan, injustos, haciéndose dolorosos y bellos a través de nuestra mirada, que palpita en el horizonte mientras trae al presente una infinidad de instantes, muchos de ellos inexistentes; despedidas inventadas, reencuentros construidos que nos hacen felices dos veces, nos entristecen otra vez.

La Peste

lapeste.com.mx

año 5 | número 27 | septiembre - octubre | lapeste_ revistalapeste revistalapeste

DIRECCIÓN
Daniel Sánchez Poĭtevin
daniel@lapeste.com.mx

EDICIÓN
Michelle Pérez-Lobo
michelle@lapeste.com.mx

Humberto López Portillo Guedea
humbertolp@lapeste.com.mx

COORDINACIÓN
Fernán A. Osorno Hernández
alejandro@lapeste.com.mx

EDICIÓN GRÁFICA
Israel G. Vargas
israel@lapeste.com.mx

EDICIÓN DE ILUSTRACIÓN
Cecilia Ruiz
cecilia@lapeste.com.mx

EDICIÓN DE IMAGEN
Rodrigo Sánchez Poĭtevin
rodrigo@lapeste.com.mx

CONTACTO
info@lapeste.com.mx
colaboradores@lapeste.com.mx

Portada • **RAXENNE MANIQUIZ**
Diseñadora filipina. Tiene inclinación por las cosas bonitas, le gusta coleccionar imágenes y objetos de colores que utiliza en su trabajo. Actualmente ilustra y diseña identidades en Plus63 Design Co., estudio de diseño en la soleada Manila.
behance.net/raxenne

Contraportada • **LAURENT MOREAU**
Ilustradora y autora de libros infantiles. Vive en Estrasburgo, Francia, donde comparte estudio con otros ilustradores. Ha trabajado para *The New York Times*, HOHE *Luft magazin*, *Le Particulier*, Migros y Shinsegae.
laurentmoreau.tumblr.com

Ilustración de la cita (pág. 4) • **PAT PERRY**
Artista de Michigan que escribe y hace imágenes a través de una cuidadosa observación. Trabaja de manera itinerante y actualmente vive en Detroit.
patperry.net

Ilustraciones del Negro al color e iconos en títulos • **CORAL MEDRANO**
Ciudad de México (1985). Diseñadora editorial *free lance* y dibujante cuando tiene ganas; colecciona insectos muertos, sufre de curiosidad y necedad. Actualmente es adicta a la Internet y trabaja para revistas de música y arte.
behance.net/CoralKi

Dibujo • **GERVASIO TROCHE**
Es uruguayo. En 2006 publicó una tira diaria en el diario *La República de Uruguay*. La revista *Bravo* de Brasil publicó un especial de sus trabajos. Realizó una muestra en el Festival Viñetas Sueltas de Argentina y en La Lupa Libros de Montevideo. En 2013 publicó su libro *Dibujos invisibles*.
portroche.blogspot.com

Para la composición tipográfica de ***La Peste*** se utilizan las fuentes **Cultura New**, diseñada por Dino dos Santos en 2012, y **Celias** de la fundidora Type Dynamic de 2014.

La Peste es una publicación bimestral. Editor responsable: Daniel Sánchez Poitevin. Este número se terminó de imprimir en septiembre de 2016. Número de certificado de reserva del Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2011-081614485300-12. Certificado de licitud y contenido: en trámite. Impreso en Offset Rebosan, Av. Acueducto No.115, colonia Huipulco, Tlalpan, México D.F., C.P. 14370. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de *La Peste*.

ÍNDICE

NEGRO AL COLOR 6
Memoriozoos

8 ENSAYO
Historia natural de la información perdida
Agustín Fernández Mallo

IMAGEN 12
Dipped paintings
Oliver Jeffers

19 APOSTILLA
Caché
Irving Torres Valle

POESÍA 21
Geografía
Helen Mort

22 FICCIÓN
Camino de Guanajuato
José Álvarez García

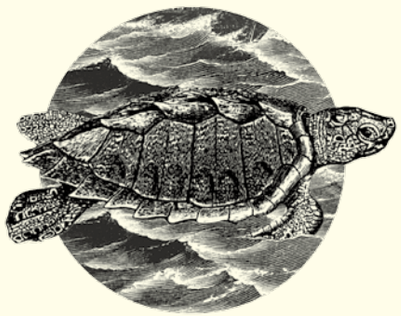
BIOGRAFÍA 27
Alice Weaver Flaherty (1963-)
Maricruz Picó

32 DIBUJO
Gervasio Troche


“La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. Ni camino, ni línea. Hay vastos pasajes donde se insinúa que alguien hubo; no es cierto, no hubo nadie.”
MARGUERITE DURAS

Memoriozoos

Tortuga



En la escala de las cosas que tienen causas y efectos, en el frío terreno del número, una disposición física logra que la tortuga interprete el movimiento del centro magnético del planeta. De modo que este paulatino ser deviene cartógrafo de los mares del mundo y emplea sus largas migraciones para aparearse –siempre miles y miles de kilómetros para aparearse– en lo que puede llamarse una interpretación astrofísica. El regreso a casa, al origen, no sabemos cuándo ni por qué sucede, pero llega cierta hora de volver a los inicios, al calor, y entonces desova en-vuelta en llanto, y pone ahí dentro de la Tierra una estirpe que el magnetismo del planeta arrullará. Luego se van todos los niños con su infancia; de nuevo, la ciega fuerza de la tierra los guía a lugares certeros, al mar inmenso, incuantificable, sin números, que, no obstante, esas crías del tamaño de los granos de arena conocen ya muy bien. Regresarán, de nuevo, sabiendo y recordando quién sabe por qué todo sobre el océano, la vuelta al hogar, sobre el llanto.



Cascanueces de Clark

Es del melancólico linaje de los cuervos y habíta las cimas más frías del mundo; algunos avistadores dicen que sigue al coyote a lo largo de su vida. Como suele ocurrir con los seres memoriosos, esta ave vive en la soledad; basa su sentido de la ubicación en formar mapas hechos de señales del espacio y el terreno, debido a que la nieve borra los rastros de sus escondítes. Sabe dónde hay hasta cerca de 33,000 semillas que ha dejado en los escondrijos del mundo durante el año; así, dedica la mítad de su vida a ocultar el alimento de sus polluelos, y la otra mítad a encontrarlo. No es metafórico decir que esta especie vive del recuerdo.

Las temperaturas de más de 25 grados en los paisajes africanos, las moscas que se adhieren a la piel, el aire denso, no perturban el sueño de los pequeños elefantes. Los despierta el eco del estertor de su madre, un paquidermo de marfiles preciosos, o la visión de su cadáver, ya sin colmillos. Son animales hechos para pensar, para recordar: su raza posee una masa cerebral de más de 5 kilos, y un hipocampo que emplea más estructuras del cerebro que el de los seres humanos. Especialmente estas crías huérfanas padecen esta característica biológica: sufren estrés postraumático, lo que causa que sean ansiosas, se vuelvan agresivas y antisociales, sientan pánico e incluso una necesidad de venganza, y además tengan inenarrables pesadillas. Estos niñítos rencorosos se revuelven en sus camas de altas hierbas sin otra alternativa que revivir las imágenes de la matanza.

Elefante



ENSAYO

Historia natural de la información perdida

Hace unos días, por la noche y ya acostado, no podía dormir. Minutos atrás había visto en un informativo el relato de una guerra: imágenes de vivos y muertos mezcladas de un modo que me pareció cualquiera. Di vueltas entre las sábanas e intenté no pensar en nada, pero como eso es imposible, intenté pensar en otra cosa. Vino a mi cabeza un cuento llamado "El Mago", del escritor japonés Ryūnosuke Akutagawa, que había leído esa misma tarde en una edición de la editorial Candaya.

Por • **AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO**
Autor del Proyecto Nocilla, que consta de las novelas *Nocilla Dream*, *Nocilla Experience* y *Nocilla Lab* (Alfaguara). Su última novela es *Limbo* (Alfaguara). Ha escrito poemarios recogidos en *Ya nadie se llamará como yo + Poesía reunida (1998-2012)* (Seix Barral, 2015). Su libro *Postpoesía, hacia un nuevo paradigma* fue finalista del Premio Anagrama de Ensayo 2009.
fernandezmallo.megustaleer.com

Un adolescente va a una agencia de empleos de Osaka a pedir trabajo de mago; el encargado le dice que eso no es posible, que no hay empleos de mago, pero el muchacho insiste y le recuerda que el cartel de la entrada dice Agencia de Empleos y que él quiere un empleo de mago. Entonces el encargado le pide que regrese al día siguiente pues debe consultarlo. Acto seguido este encargado va a pedirle consejo a su médico, que es muy sabio, acerca de cómo contentar al muchacho. El médico se encoge de hombros pero la mujer de éste, que pasaba por allí, interviene y entre risas le dice que le haga volver al día siguiente, que ella sabe cómo hacer del muchacho un mago. El médico recrimina a su mujer por la broma pero ella se defiende y afirma que no se preocupe y que deje el asunto en sus manos. El muchacho se presenta al día siguiente, la mujer del médico le pregunta si estaría dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ser mago, el muchacho responde que sí, y ella le dice que entonces tendrá que servir en la casa durante diez años y que tras ese periodo le enseñará cuantos trucos de magia él desee. Acepta sin rechistar y comienza un periodo en el que cuidará del jardín y de la carbonera, se ocupará del mantenimiento de las instalaciones y del tejado, hará toda clase de durísimos trabajos que no obstante no le hacen perder la ilusión y el ánimo. Transcurridos los diez años, el muchacho -ya todo un adulto pero al que siguen llamando *muchacho*- reclama el prometido traspaso de conocimientos de magia. El médico, confiando en que hubiera ya olvidado la idea de ser mago, se pone nervioso, pero su mujer le dice que sí, que lo pactado es deuda, pero que para aprender deberá seguir sus instrucciones al pie de la letra. El muchacho asiente con emoción y ella comienza a darle órdenes cada vez más absurdas y difíciles, pruebas físicas que supera ante el asombro de todos, hasta que le dice que suba al altísimo árbol que hay en el jardín; él obedece y ella le pide que suba más alto, y también obedece, y ella insiste en que suba hasta la última rama, y cuando llega arriba le indica que se cuelgue de esa rama, y el muchacho se queda colgando en el vacío y ella le ordena que suelte un brazo; y el muchacho lo hace y acto seguido le dice que no tenga miedo y que suelte el otro brazo; y abajo, el médico, muy nervioso, le pregunta a su mujer si se ha vuelto loca, que por ese camino el muchacho se va a matar, y mientras la mujer y el médico discuten el muchacho suelta la otra mano, cae unos metros pero de pronto se detiene en el aire y flota. Desde allí arriba les da las gracias por haberle enseñado a ser mago de verdad, y se eleva para desaparecer entre las nubes.

Transcurridos los diez años, el muchacho -ya todo un adulto pero al que siguen llamando *muchacho*- reclama el prometido traspaso de conocimientos de magia.

Esa es la historia que se cuenta en Osaka. Lo que sucedió con el médico y su mujer nadie lo sabe, tampoco se sabe qué sucedió con el muchacho, pero el árbol permanece allí, bajo el Sol del verano y la nieve del invierno. Y quise entonces quedarme dormido pensando en el tronco de ese árbol porque confieso que lo que verdaderamente a mí me intrigaba no era saber qué vio la mujer ni qué vio el médico, ni tan siquiera qué vio desde el cielo el muchacho que salió volando, sino qué vio el árbol, qué podría contarnos de todo aquello ese silencioso tronco que aún hoy permanece día tras día y noche tras noche en un jardín de una casa de Osaka.

Pero ese pensamiento excitó aún más mi cabeza, así que lejos de dormirme pensé que era como la

*Publicado originalmente en el *blog* de Cultura Fnac (18/3/2016).



fábula de *Los Tres Cerditos*: lo verdaderamente interesante, lo que nos ayudaría a comprender la moraleja que la historia encierra, no es saber qué nos cuentan los cerditos sino qué podrían contarnos sus casas, hoy en ruinas, incluso la casa del cerdito más responsable que, aunque de sólida piedra e inmejorable estructura, no puede estar sino en ruinas. En efecto, es ésa una información a la cual ya nunca tendremos acceso. No es la cara A del mundo (la que se ve) ni la cara B (la que no se ve pero podría verse si quisiéramos), sino la cara C: una información que permanece y permanecerá oculta para siempre, y a la que por ello nos dedicamos a crearle *sustitutos*.

Y de *sustitutos* quería ahora hablar porque entonces me di cuenta de que el devenir de las culturas y sus cosas es el de una infinita cadena de sustituciones: el cuadro de un paisaje no intenta conocer qué información oculta hay en un paisaje sino sustituirlo; la hoguera no intenta conocer qué información oculta hay en un bosque en llamas sino sustituirlo; el ascensor no intenta conocer qué se oculta en esos objetos tan extraños a los que llamamos *escaleras* sino sustituirlas, *Las meninas* de Picasso no busca conocer qué información oculta hay en *Las meninas* de Velázquez sino sustituirla; la sacarina no intenta conocer qué hay de oculto en el azúcar sino sustituirla, y a su vez el azúcar no intenta conocer qué de oculto hay en la energía de los alimentos sino que en una sola cucharada busca sustituir toda la potencia calórica de éstos. Y así, todo va sustituyendo a todo y nos quedamos tan tranquilos. Todos menos yo, que lejos de dormirme continuaba más despierto e intranquilo que nunca. Porque me di cuenta de que aquellas imágenes de la tele que mezclaban vivos y muertos no buscaban conocer qué de oculto hay en una guerra, ni cómo es una guerra, ni siquiera explicar una guerra sino sustituirla por otra narración creíble y consoladora: la narración que de la guerra hacemos los vivos. Y lo que en realidad a mí me gustaría saber es otra cosa muy distinta, algo que nunca saldrá en un informativo ni jamás podrá ser escrito ni oído: qué vieron los muertos. En efecto, la verdadera narración de una guerra sería la que los muertos nos pudieran contar, y no esa otra historia sustitutiva que de los muertos hacemos los vivos. Sólo entonces pude cerrar los ojos y dormir.

Ilustración •
ELISA VENDRAMIN
Su trabajo se puede ver en proyectos culturales y en patrones de ilustración. Le gusta la abstracción, las imágenes satelitales y los espacios vacíos. Probablemente habría sido una astronauta brillante.
elisavendramin.co.uk



IMAGEN

Oliver Jeffers

DIPPED PAINTINGS

Originario de Belfast, Irlanda del Norte, Oliver Jeffers vive y trabaja en Brooklyn, Nueva York. Su trabajo abarca la pintura figurativa, instalaciones, ilustraciones y la creación de libros de imágenes. Desde 2012, Oliver ha desarrollado su serie *Dipped paintings*, alrededor del tema de la pérdida. Cada obra comienza como un retrato completo pintado al óleo; los sujetos retratados comparten la experiencia de haber sido testigos cercanos de la muerte. Jeffers mantiene oculta la pintura en su estudio hasta el día de su ceremonia de desvelamiento, donde la obra es parcialmente sumergida en un bote de pintura. Después se cuelga para dejarla secar, mientras las gotas de pintura escurren sobre un papel con la transcripción de una entrevista hecha al sujeto del retrato. Cada ceremonia tiene lugar frente a un grupo reducido de gente, que es entrevistada (antes y después del acto) sobre sus recuerdos de la obra y la experiencia al observar su inmersión.





Oliver Jeffers



DIPPED PAINTINGS



oliverjeffers.com

APOSTILLA

Caché

Del inglés *cache* (/kæʃ/; "escondite secreto"), y éste del francés *cache* (/kaʃ/; "escondrijo o escondite"). En informática, la memoria caché es el sitio donde la computadora guarda temporalmente la información. Se le llama *impacto* (o *hit*) al momento en que algo es encontrado en ella. Su eficacia radica en la capacidad que posee para seguir las mismas directrices, encontrar las rutas ya exploradas y procurar lo almacenado pero oculto en algún lugar del ordenador.

Dada su precariedad, *caché* implica fugacidad y reinicio. Nada se guarda pero todo se recuerda: la presencia de una ausencia como la huella mnémica de Freud aquí es lo contrario. Es un escondite no tan escondido; la memoria trazada no para el recuerdo, sino para ser olvidada a la brevedad.

Por • **IRVING TORRES VALLE**
Ciudad de México (1990). Ignorante desde el psicoanálisis, no tanto desde la literatura. Licenciado en letras iberoamericanas, analizante por deseo, poeta y ser humano por falta del Otro.



POESÍA

Geografía

Mi español inservible, dinero desaparecido,
un auto blanco llevándome por México.

Me dejé atrás a mí misma en Salford Quays.
Una ventana junto al muelle — hace una semana,

el agua del puerto brilló, una pena repentina;
un Brooklyn de Lancaster del Sur atrapado en la luz incorrecta,

justo como el puente Matute-Remus, luminosa barrida
que hace que cierre los ojos mientras se acerca,

para coronar esta ciudad en forma de cruz —
el signo de beso, un punto marcado en un mapa,

aunque cada mapa que sostengo está sembrado de nosotros.
Pregunto qué hora es. No puedo desempacar.

Conozco esta cama, estas persianas. La noche cae.
Estoy precisamente en ningún lado sin ti.

Por • **HELEN MORT**
Poeta inglesa que vive en Sheffield, Inglaterra. Su primera colección de poemas *Division Street* (2013) fue una de las finalistas de los premios Costa Prize y del T.S. Eliot Prize.

Ilustración •
MARÍA GARCÍA LUMBRERAS
Animadora, ilustradora y diseñadora gráfica. Le encanta dibujar, leer y comer, a veces las tres cosas al mismo tiempo. También le gusta andar en bicicleta, viajar y pretender que toca la guitarra.
behance.net/lalumbreras

Traducción •
MICHELLE PÉREZ-LOBO
@Mplobo

FICCIÓN

Camino de Guanajuato

a Carlítos, que se me anda muriendo por allá.

Estaban en el cuarto mezcal en el famoso Bar Incendio en medio de unas bocanadas de amoniaco y al compás de "Mi jinete" cuando le dijo, bueno, le grító, porque nomás no se escuchaba nada con la rocola así de fuerte:

—¡Que sí güey! Ahora me llamo Alfonso, Poncho, cabrón —y aunque Lolo no entendía ni quería entender qué le pasaba a Carlos para que ahora saliera con que lo llamara así, le contestó:

Por • **JOSÉ ÁLVAREZ GARCÍA**
Futbolista frustrado, profesor de karate, corrector de estilo, redactor, reportero y editor de revistas de estilo de vida y hoy en día socio de Fandango (una editorial fantasma), con este cuento José incursiona por primera vez en terrenos literarios.

—Sí Carlítos, yo te digo como quieras mano, por mí no hay bronca.

Pero Carlos ya no le hacía el menor caso, no, la única voz que escuchaba era la de su papá adentro de su cabeza, y afuera, la suya pidiéndole otro mezcal a Honorato.

—¡Este de estafiate, güey! *a tu edad yo ya mantenía a tu madre y a tus hermanas tú ni siquiera pudiste retener a tu noviecíta*

Carlítos quería su quinto mezcal porque por más que se esforzaba nomás no veía claro. No veía claro porque cuando uno se muda de ciudad a veces se tarda un tiempo en terminar de llegar, pero tampoco veía claro por qué carajos seguía regresando al Incendio día con día a fumarse a la sarta de extranjeros que había agarrado la cantina como sítio turístico y a los tres de la mesa del fondo, que parecían parte del mobiliario y que

no dejaban de poner al pinche José Alfredo día y noche; pero de lo que sí nomás no veía nadíta era de la lana que le iba a deposítar su papá, y a lo mejor por eso, y sólo por eso, quería que ahora lo llamaran por su segundo nombre, Alfonso, y quería que lo atendieran como dios manda y le llevaran su mezcal.

—A ver si ya me vas trayendo mi mezcal, ¿no güey? *tú lo único que tienes son huesos rotos cada semana, si tu abuelo estuviera vivo sabe dios lo que haría contigo* Vengo aquí todos los putos días desde que llegué y yo solíto te consumo lo que toda esa pinche mesa, así que te me vas apurando cabrón. *con él las cosas se hacían nomás tronar los dedos*

—Péreme don Carlítos, que ya ve que yo lo atiendo como rey, nomás que aquellos tienen jugando aquí dominó lo que usté de vida.

—Aunque tuvieran aquí toda la puta vida *era hombre de los que ya no hay* igual te pago, ¿no güey?, así que mejor ya no te hagas pendejo y pícale.

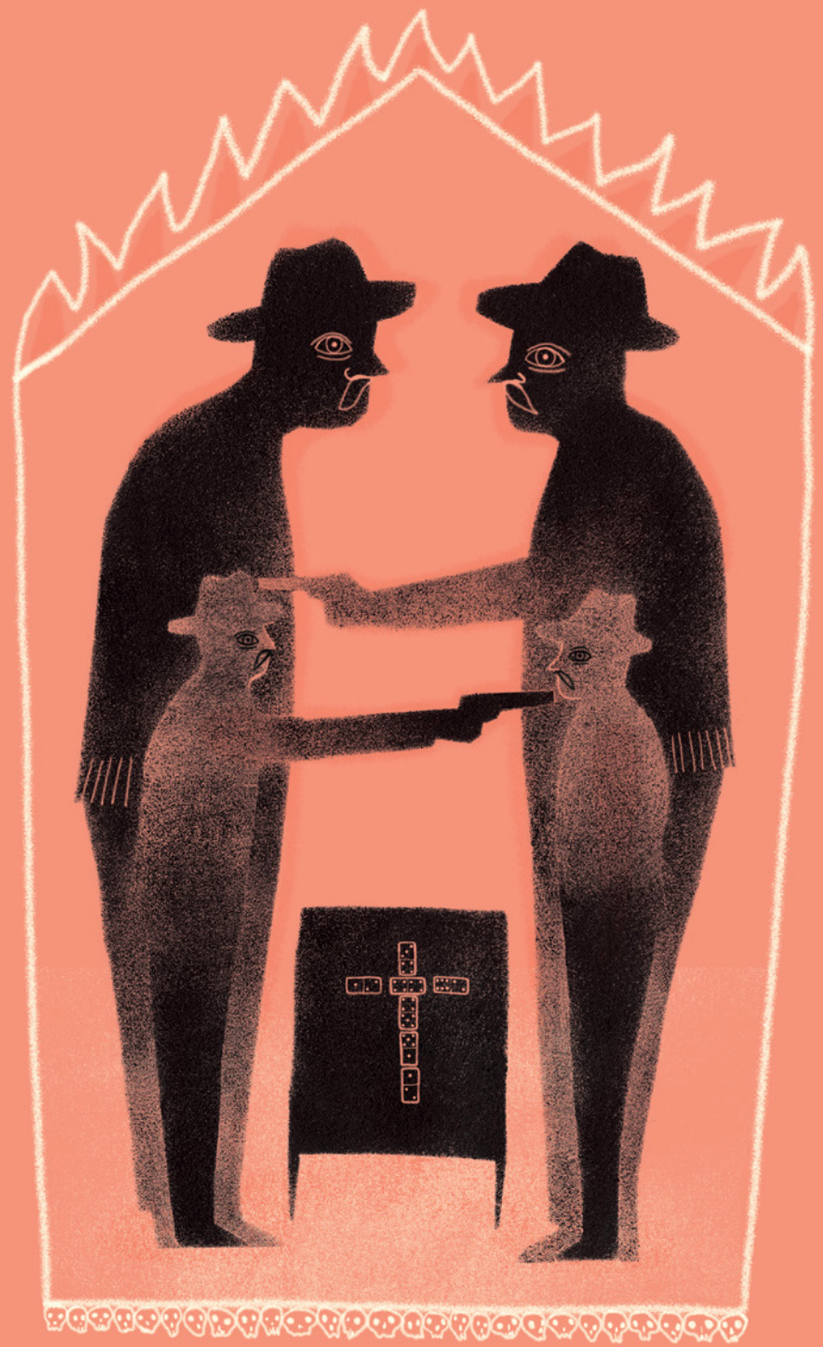
Pero si Carlítos no veía claro, Lolo nomás no veía ni pa' dónde, o bueno, eso es lo que él contaba. Y no veía ni pa' dónde porque no se imaginó que después de la madriza que le pusieron en el Carnaval de Tepoz, Carlítos, le tomara la palabra y se fuera para Guanajuato con él, pero tampoco veía claro porque aunque ya llevaba un par de meses hospedándolo y dándole de comer en Antigua, no le veía el mínimo interés por ayudar con nada, pero ya de plano no veía nada porque no había pa' cuándo cayera el depósíto y por lo tanto no había pa' cuándo fueran a poner el cafecíto, ahí mero, en la mismíta calle del Incendio; un cafecíto que ya hasta tenía nombre. Así que aunque ya sabía que no iba a ganar nada preguntándole se dijo que nada se pierde con preguntar.

—Oye Carlítos, no quiero apurarte mano, pero ¿ya te deposítaron? Es que pa' mí que si no nos apuramos nos ganan el local—, pero Carlos, que seguía sin escuchar, nomás veía cómo Honorato ya ni atendía a los de la mesa del fondo: no, ahora el muy cabrón nomás cotorreaba con ellos y hasta tarareaba con ellos "El peor de los caminos", y a lo mejor esa fue la razón por la que se levantó para quítarles a José Alfredo, y no es que no le gustara pero ya estaba bueno de drama y mujeres, pero justo a medio camino un Lolo desesperado le grító:

—¡Oye, Carlítos...!

—¡Que ya no me digas Carlos, güey! *en Salamanca Guanajuato o hasta la Huasteca si la gente escuchaba el nombre de tu abuelo Alfonso Ortiz se cuadraba* Soy Alfonso, pinche Alfonso Ortiz, güey, y ya te escuché y ya sabes, para qué chingados preguntas —y concluyó dirigiéndose a Honorato—. Y tú ya tráeme mi puto mezcal, ¿no? *Alfonso "Poncho" Ortiz*

Pero la mera verdad es que ni siquiera había terminado de grítar su nombre, "Alfonso Ortiz"; es más, ni siquiera había terminado de levantarse para ir a la rocola cuando



uno de los de la mesa del fondo, uno con voz aguardientosa, o bueno, para que lo ubiquen mejor, uno que había tenido una risita sardónica toda la noche, porque seguramente iba ganando en el dominó, le pescó las palabras al aire, le pescó su nombre, corrijo, y le clavó una mirada de soslayo al pobre de Carlitos que ni se dio por aludido, y le preguntó a su compadre en ese tono golpeado del Bajío:

—¿Qué dijo el chilanguito? ¿Alfonso Ortiz? ¿Será?

—¿Qué, güey?

—Que el vato ese dijo cómo se llama. ¿Neta?

—No, pos no escuché.

—Pos no escuchaste pero sí es, güey, o no sé si sí es pero de que tiene el mismo nombre tiene el mismo nombre.

Estaban en el segundo tequila y en la segunda cerveza y en la cuarta mano de dominó, digo, los de la mesa del fondo, cuando vieron clarito clarito a Lolo y a Carlos, se levantaron de la mesa y se encaminaron hacia ellos: bueno, no todos, el aguardientoso de sonrisita sardónica, ese no, ese más bien se salió del Incendio, pero los otros dos sí, y se acercaron con chela y todo, tan confianzudos que apenas llegaron a la mesa jalaron una sillita cada uno; y uno, el más viejo y también el más gordo de los dos, el que tenía unos cincuenta y tantos y ya le empezaban a pesar las canas en lo que le quedaba de pelo, los saludó y les preguntó, nomás por cortesía:

—Buenas, muchachos, ¿cómo están? ¿Nos podemos sentar con ustedes?

Y digo por cortesía porque pa' cuando acabó de preguntar los dos ya estaban sentados, así que para no darles importancia pero también porque ya estaba harto de que no le trajeran su mezcal, Carlitos le gritó a Honorato:

—A ver si así ahora sí ya me traes mi mezcal, ¿no, güey? *se hablaba de "el Poncho" y se hablaba de Revolución de cristeros muertos*

—Ya tráele su mezcal aquí al canijo, Hono, qué no ves que ya está reansioso el pobre. Y después tráenos el dominó pa' acá, ¿o cómo ven? ¿No quieren echarse una manita con nosotros?

—No, mano, muchas gracias, es que ya nos íbamos —le contestó Lolo entre la inseguridad y el tedio de tener que jugar una partida, que por cierto, ni le gustaba, a lo que el otro de los de la mesa del fondo que ahora eran los de la mesa de Carlos y Lolo, el otro, decía, chupado pero no enjuto, chupado y con unas ojeras negras negras como la canaleta del FBI, le contestó:

—¿Cómo que ya se iban? Si aquí a su compadre apenas le van a traer su mezcal —a lo que Carlos ya no tuvo más remedio que contestar, y no tuvo es un decir porque cómo le gustaba la ficha.

—¿Y de a cómo va a ser? *de sus negocios de sus haciendas*

—¡Ese es mi gallo!

Carlitos estaba en su sexto mezcal y estaba lo que se dice enojado enojado: primero, porque ya no

Ilustración • **SANDRA RILOVA**
Burgos, España (1988). Licenciada en bellas artes por la facultad del País Vasco. Actualmente vive en Barcelona donde estudia ilustración en las escuelas Joso y EINA. Su trabajo ha sido seleccionado en el VI Catálogo Iberoamericano de Ilustración y en Ilustrarte 2016. **sandrarilova.com**

soportaba estar entre el amoniaco y el olor del gordo; una mezcla de sudor y colonia de naranja tipo Sanborns; segundo, porque no entendía por qué seguía sonando José Alfredo si ya había puesto o intentado poner al Flaco, y tercero, porque estaban a punto de perder la partida y a Lolo

Y este otro que está muy concentradito es Alfonso, "Poncho" Ortiz. ¿Y qué crees? Es el nieto de don "Poncho" Ortiz, el mismito de Salamanca.

le valía un pepino. Pero lo que lo tenía neta hasta la madre era que Lolo se la había pasado platicando con esos cabrones como si ellos fueran sus amigos, y todo por la coincidencia de que uno, el gordo también, era de Pénjamo y conocía a su familia, y habían pasado del cómo te llamas y el de dónde son y el ya los habíamos visto por aquí al qué bueno que regresaron pa' acá, acá todo queda en familia y en la pinche ciudad no hay nada pa' nadie. Y es que en eso estaban cuando regresó el aguardientoso que se había salido pero que ahora le ponía la mano en el hombro a Carlitos mientras el de las cejas negras negras comenzaba una suerte de presentación:

—Miren muchachos, les presento a mi compadre, Delfino Mertinez —a lo que Lolo se levantó de la mesa para saludarlo efusivamente mientras Carlitos no dejaba de ver la mano, ver la mesa y hacer unas cuentas ya medio mareadas mientras el cejón continuaba su perorata—. Delfino, los muchachos. Este de aquí que ya se presentó es Lolo, Everardo, de los García Cárdenas de Pénjamo, ¿cómo ves? Y este otro que está muy concentradito es Alfonso, "Poncho" Ortiz. ¿Y qué crees? Es el nieto de don "Poncho" Ortiz, el mismito de Salamanca —frase que sí, aunque Carlitos hizo oídos sordos, nomás no lo logró, así que pa' enterarse de qué estaba pasando se levantó, le peló los ojos al cejón, vio de reojo al gordo y le clavó la mirada a la sonrisita de Delfino mientras le tendía la mano:

—Alfonso Ortiz. Poncho *se hablaba de la ficha y hasta de las mujeres que robó* —y mientras Delfino le estrechaba la mano Carlos gritó a Honorato: No mames, quité al pinche José Alfredo desde hace rato, mejor apaga esa madre *tu abuela*:

—Hombre, todo un gusto. Oiga, ¿y a poco sí es nieto de don "Poncho" Ortiz? así que el famoso Poncho eh, ah cómo es canija la vida.

Y Carlitos le dijo que sí, y ya nomás por fanfarronear o pa' ponerse a salvo agregó que regresaba pa' trabajar lo que le había dejado su abuelo.

—Fíjese nomás lo que son las cosas. me cae es pinche justicia divina A mi abuelo, don Delfino Mertinez, me lo robó y me lo mató el "Poncho" Ortiz. y ahora me la voy a cobrar

Carlitos iba a abrir la boca pero Delfino ya ni tiempo le dio: llevó su mano a un costado de la cadera, sacó un revólver de no más de dos pulgadas y lo apoyó en su frente.

—Me saluda mucho a su abuelo y le presenta mis respetos.

BIOGRAFÍA

Alice Weaver Flaherty

(1963-)

Los neurólogos, tan precisos, dicen cosas como Si se corta esta porción del cerebro el comportamiento del individuo no se ve afectado. Los neurólogos con sus tomografías, sus electrodos, sus resonancias magnéticas.

Por • **MARICRUZ PICÓ**
Estudió bellas artes, pero sospecha que su vocación siempre estuvo más cerca de las letras que de los dibujos. Lucha con un Bartleby interno que la aboca más al bloqueo del escritor que a la hipergrafía, y se pone nerviosa si no tiene un gato cerca.



Quizás tuviera algo que ver que su madre fuera bibliotecaria. Quizás le gustaba leer porque sí, porque esa actividad parece hecha *ex profeso* para los niños más bien callados, observadores, los niños de los que alguien dice "agua quieta corre profunda". Era de noche y tenía entre las manos *Cautivado por la alegría* de C. S. Lewis, abierto por esa página donde el autor de Belfast habla de su yo de nueve años. También él estaba leyendo; en otra habitación su madre moría poco a poco de cáncer y él quedaba deslumbrado por unos versos de Longfellow. Fue de ese modo como supo que jamás podría dejar de leer y que él, como Longfellow, también escribiría poesía. El entusiasmo se remonta desde esa imagen ambientada a principios del siglo XX hasta el presente de la pequeña Alice, casi setenta años después, y hace que ella tenga una idéntica y temprana certeza.

Eso no quería decir, con todo, que fuera a dedicarse profesionalmente a la literatura. Era el cerebro lo que le interesaba, el órgano más misterioso de todos, y más para alguien introvertido como ella. Entre la psiquiatría y la neurología, esta última le pareció más científica y por tanto más fiable. Optó por ella. Ante el Comité de Admisiones de la Escuela Médica de Harvard inventó toda una serie de loables razones para estar allí (mentir es otra forma de escritura); no iba a reconocer su principal preocupación, que era conseguir ampliar su beca. La vocación médica llegaría más tarde, como el amor en algunos matrimonios concertados.

Escribía. De forma copiosa pero sin pretensiones, para nadie más que para sí misma. Le daba hasta risa verse como la típica universitaria con aspiraciones de novelista, y sintió pudor cuando un amigo le preguntó si no había pensado en publicar algo. Aquello le chocó tanto como si le hubieran propuesto tener sexo en público. Hasta tal punto escribir era para ella un acto íntimo.

Los neurólogos tienen la nariz grande y torcida, el cabello rubio castaño lleno de canas. Pinzan con guante de látex el cable de la Razón, y al tirar, zas, sale todo enmarañado. Los neurólogos miran al frente con sus ojos verdosos azules casi negros y admiten: Si cortas las emociones con bisturí, la razón sale también mal parada.

A finales de los 90 había acabado su residencia. Iba a ser madre, por vez primera, por partida doble: gemelos. Tras un embarazo lleno de complicaciones, los bebés nacieron demasiado prematuros para sobrevivir. Años después, al referirse a este suceso, describiría su luto con una rara precisión. Durante diez días estuvo llena de dolor, un dolor apropiado, comprensible y dentro de los parámetros normales de la salud mental, si algo así puede decirse sin que suene demasiado estúpido. Al cabo de ese tiempo despertó una mañana con

Ilustración • **SUNNIVA KROGSETH** sunniva krogseth.com

la consciencia de que algo había cambiado. Seguía sintiendo tristeza, pero ahora también ira y desasosiego. Pero sobre todo le mordía por dentro la necesidad imperiosa de escribir. Acerca de la muerte de sus hijos, sus sentimientos al respecto, pero también sobre todo

El apremio por escribir desapareció con la misma brusquedad con que había llegado, sustituido por una apatía que, en comparación, casi suponía un alivio.

tipo de ideas y locas asociaciones que su mente creaba. De repente todo rebosaba sentido, a veces de una manera aterradora y otras con gran belleza. Tenía que anotar todo aquello, anotarlo todo sin demora.

Entretanto su yo científico observaba, unía cabos y recortaba al fin con pulcritud el diagnóstico: aunque la prevalencia de un episodio maníaco en el postparto no es muy elevada, eso era precisamente lo que le estaba sucediendo. Y había asumido una forma descrita en 1974 por Stephen Waxman y Norman Geschwind, neurólogos como ella. *Hipergrafía*: ese era el nombre que le habían dado. El impulso de escribir era tan desmedido que la forzaba a posiciones incómodas y a rápidas improvisaciones: a tomar notas arrodillada, apoyando los papeles en el suelo, a encerrarse en un baño público para usar el papel higiénico como cuaderno para sus garabateos. O había momentos de trágica comicidad, como cuando intentó escribir en sus propios antebrazos mientras iba en bicicleta, sin dejar de pedalear. Las palabras se amontonaban en su cabeza y la obligaban a apuntarlas veloz sobre cualquier soporte (piel, celulosa, mobiliario), todo con tal de dejar sitio y preservar del olvido a la siguiente especulación o impresión visual. Como las cicatrices de los árboles, que no resultaban ya parecidas a ojos, sino que lo eran, eran ojos. El funcionamiento de su cerebro estaba a veces tan fuera de toda mesura que se adentraba en terrenos próximos al delirio.

Al cabo de cuatro meses pasó a la otra fase del trastorno bipolar, la depresión. El apremio por escribir desapareció con la misma brusquedad con que había llegado, sustituido por una apatía que, en comparación, casi suponía un alivio. Con el mundo apagado y las palabras vacías de todo significado, ya no tenía sentido alguno escribir. Durante un mes permaneció así, en esa grisura inarticulada.

Los neurólogos con sus nombres a veces famosos, sus currículos, sus investigaciones. Dicen cosas como Alexia, ataraxia, agramatismo. A veces les duele la muela o el alma. Mientras lloran aún imaginan las nubes eléctricas de la pena en su lóbulo frontal.

Por segunda vez quedó embarazada. El parto volvió a ser prematuro, pero en esta ocasión el

resultado fueron dos niñas sanas que salieron adelante. Tal como antes había hecho la desolación, la felicidad la volvió grafomaníaca a los pocos días. Las niñas, tan diminutas, dormían juntas en el cajón del escritorio sobre el que su madre tecleaba veloz, hasta que al despertar la mano de una u otra se recortaba nítida al surgir ante la pantalla del ordenador. La maternidad conllevó otras posturas, nuevos arreglos y composiciones, de tres cuerpos esta vez: escribir por encima de la niña que mamaba apoyada en su regazo, mientras balanceaba a la otra, recostada en una mecedora, con el pie. Acunar a ambas a un ritmo acompasado al rasgueo del bolígrafo sobre un papel apoyado en el suelo. Seguir escribiendo, ya bien entrada la noche, bajo el círculo de luz de una lamparita y con la respiración de las bebés dormidas en la cuna junto a su cama.

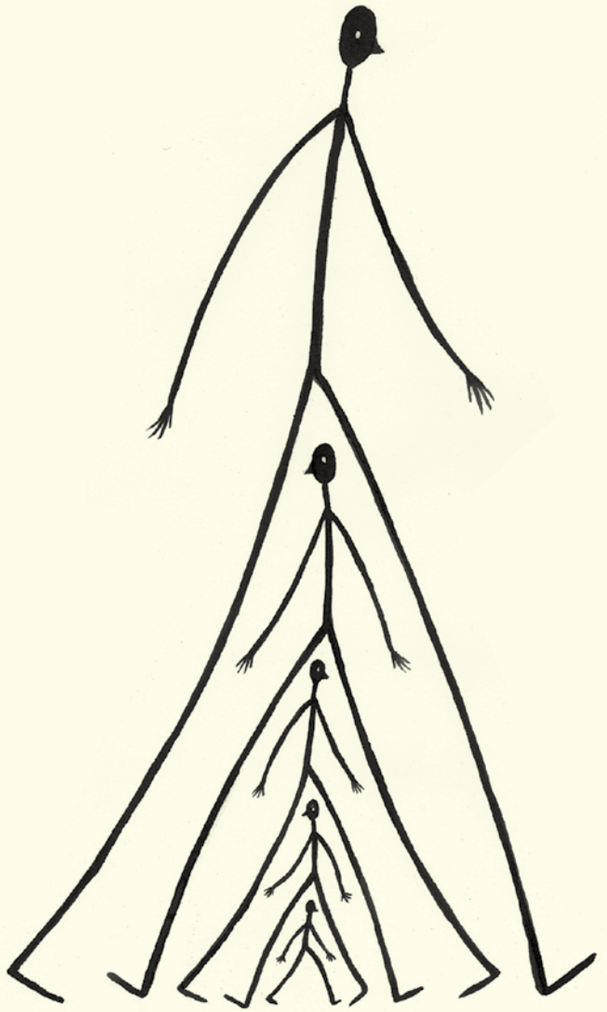
Esta vez su deformación profesional hizo algo más que corroborar el diagnóstico previo. Decidió medicarse. El primer fármaco que probó la llevó al otro extremo, al primer bloqueo de escritor que había experimentado en su vida. Su mente seguía produciendo ideas a pleno rendimiento, pero ya no podía drenarlas de la manera acostumbrada. Tratar de crear una secuencia válida de palabras era un infierno (uno bien conocido por Conrad, Flaubert, Coleridge y tantos otros).

En algún momento, refiriéndose a sus pacientes diría: "Lo único que quiero es saber cómo hacer que esas personas... no necesariamente que se sientan mejor, porque puede que no quieran sentirse mejor, sino lograr lo que ellos desean". Tampoco ella deseaba ser una Alice Flaherty sana a toda costa y según los cánones médicos, una neuróloga sin rastro alguno de hipergrafía. Probó otros tratamientos farmacológicos y al fin logró lo que buscaba, ni matar a la musa ni forzarla a una salvaje fecundidad.

Escribir por encima de la niña que mamaba apoyada en su regazo, mientras balanceaba a la otra, recostada en una mecedora, con el pie.

Sigue escribiendo. Va plantando pequeñas semillas en forma de notas. Y aunque algunas al final no germinen, otras crecen y extienden sus tallos hasta entrelazarlos con los más cercanos. Hasta convertirse en un ensayo como *The Midnight Disease*, en un cuento infantil o un libreto dramático. Para no olvidar nada, sus brazos siguen llenos de inscripciones.

DIBUJO



TROCHE



Descarga todas
nuestras ediciones

lapeste.com.mx

twitter: *@lapeste_*

facebook: *revista.lapeste*

instagram: *revistalapeste*

